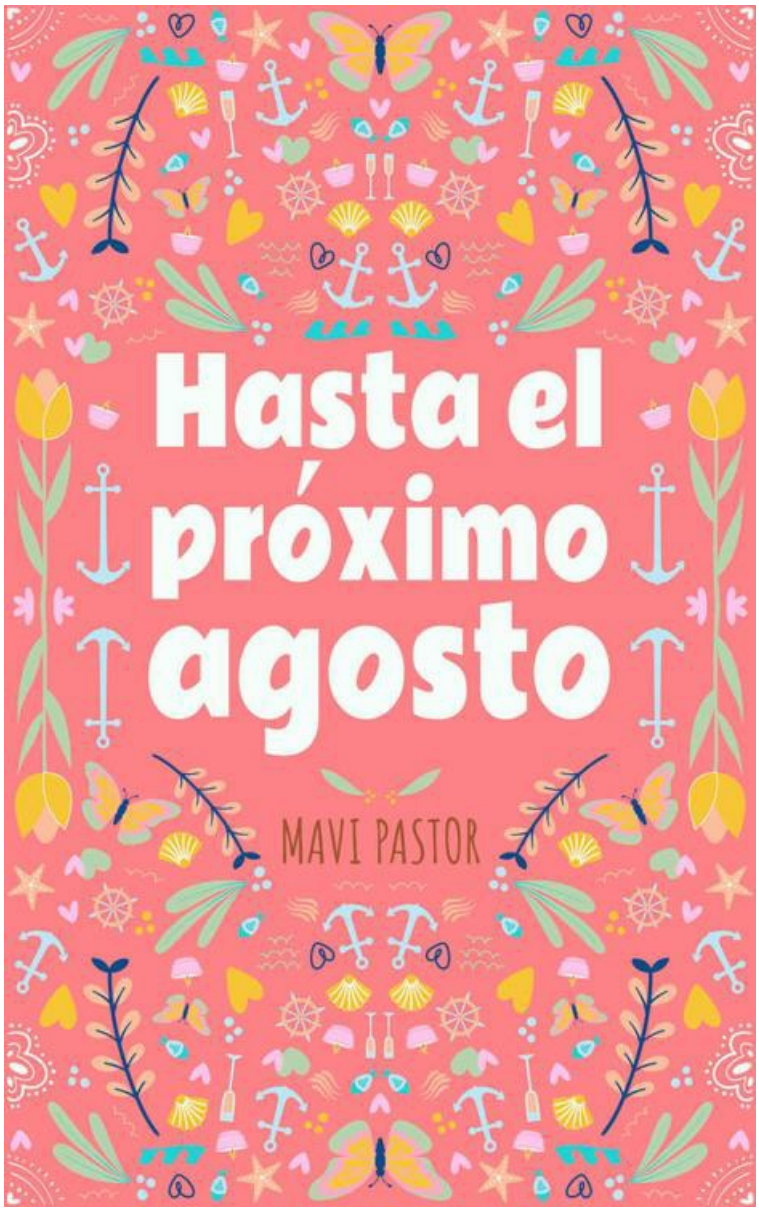
Hasta el próximo agosto

MAVI PASTOR


Hasta el próximo agosto
MAVI PASTOR

Copyright © 2023 Mavi Pastor

©Todos los derechos reservados.
©Hasta el próximo agosto.
©Mavi Pastor
@mavipastor - www.mavipastor.com

Diseño de portada: Israel M. Guerrero
Maquetación: Israel M. Guerrero
Primera edición: agosto 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Hasta el próximo agosto

Caminaba por la playa de la Costa Blanca, sintiendo la cálida arena entre los dedos de los pies. Habían pasado años desde que estuve allí por última vez, y los recuerdos de la risa y las travesuras con la pandilla, aún permanecían en mi memoria. Apenas éramos unos críos. Yo era de las mayores, y me seguían Paula y Ainhoa, con quince. De los chicos, los mayores eran Joel y Bruno, aunque Iker, hermano de mi amiga, les sacaba media cabeza. Veraneábamos en la misma urbanización, y año tras año, volvíamos a ver las mismas caras. Juntos, nos convertimos de niños en jóvenes y vivimos nuestras primeras experiencias, como mi primer beso.

El calor de agosto era insoportable. Dejé junto a la orilla la toalla y el sombrero de paja —bajo el cual escondí las llaves y el móvil—, y pedí a una familia que le echara un vistazo mientras me daba un chapuzón. El agua estaba caliente, pero aun así, al zambullir la cabeza noté alivio. Salí con las gotas saladas resbalando por mi cuerpo y utilicé una parte libre de arena en la toalla para secarme los ojos. Cuando me giré para emprender el camino de vuelta al piso que había alquilado, reconocí un rostro familiar.

¿Era él? Joel mantenía el mismo corte de pelo, una mirada honesta y los mismos andares. Mi corazón se aceleró, tal vez por la ilusión de reencontrar a un viejo amigo. Intenté controlar mis sentimientos, para no parecer infantil o demasiado entusiasmada, pero fue imposible. Joel también me había visto y caminaba hacia mí con una sonrisa preciosa.

—Laura —dijo con incredulidad—. ¿De verdad eres tú?

—Joel —respondí con un nudo en la garganta—. No me puedo creer que estés aquí.

—Vengo cada verano. Mis padres, al final, compraron el piso para que no les siguieran subiendo el alquiler.

—Ah, ¿estás aquí con tus padres?

—No, ya se han vuelto a Barcelona. No soportan cuando se llena de turistas; volverán en septiembre. Ahora que se han jubilado, no tienen problema para viajar. —Noté que me repasaba de arriba a abajo con disimulo—. Pero tú, ¿cómo es que has vuelto después de tanto tiempo?

—No sabría decirte. ¡Un arrebato de nostalgia! —Me coloqué el sombrero—. Guardo buenos recuerdos de aquella época y me apetecía ver si todo seguía igual. —Sentí que las palabras fluían por sí solas. Era fácil hablar con él.

Joel señaló hacia la urbanización, para pedir mi consentimiento antes de echar a andar. Caminamos juntos por la orilla con las olas golpeando nuestros tobillos. Se notaba que llevaba ya unos días en el pueblo porque estaba moreno, con los hombros ligeramente enrojecidos, y no pude evitar observar que eran más anchos que la última vez que lo vi. Actualmente tenía cuerpo de hombre y, ¿para qué mentir?: atractivo. Vino a mi mente aquel beso fugaz de hacía años y cómo todo se torció por mi amiga Paula.

—¿Sabes algo de los otros? ¿Mantienes el contacto con alguien? —Negué con la cabeza —. A veces coincido con Iker —explicó—, pero dejé de tener noticias del resto poco después de que tú desaparecieras.

—¿Desapareciera? —Aprecié el matiz de resentimiento que implicaba esa palabra.

Joel bajó la vista, se giró hacia el agua y chutó una bola de algas que había quedado varada en la arena.

—Disculpa, no quería decir eso.

—¡Pues lo has dicho! —protesté.

—Te eché de menos —confesó con la mirada aún perdida en el mar plateado por el brillo del sol.

—Me cuesta creer que notaras mi ausencia con Paula colgada de tu cuello.

Ya lo había soltado. Nos gustamos desde el primer instante, pero ella, caprichosa como era, nada más verlo acercarse por primera vez con los otros chicos de la pandilla dijo: «Ese es para mí». Con aquello marcó su territorio, por lo que cuando Joel me besó —ese beso tierno e inocente que apenas rozó mis labios—, algo me impulsó a apartarme para no traicionar a mi amiga. Tres días después, Paula y Joel comenzaron a salir, y ese verano fue de los peores de mi vida.

—Aquello fue una chiquillada. —Continuó el camino, aun sin hacer contacto visual conmigo—. Se encariñó de mí y…

—¿Te dejaste querer? —Me eché a reír. Era típico de los tíos echar balones fuera.

—Mira, fui un gilipollas. —Me alegró que reconociera su responsabilidad en el asunto—. Tú me habías rechazado, ella fue muy insistente, yo solo tenía dieciséis años y era un hervidero de hormonas. ¿Qué quieres que te diga? Idiota total.

Lo cierto es que Paula había sido más que pesada, empalagosa. Siempre se las apañaba para sentarse a su lado, para que le tocara con él en el equipo de vóley-playa o como pareja en las palas, se quedaba la última por la noche para robar unos minutos a solas con él… y claro, el esfuerzo dio sus frutos.

—Era mona —concedí—, y tenía buen tipo.

—Ni la mitad que tú. —Se le escapó sin pensar.

Hizo un movimiento raro, como si se hubiera planteado corregirlo, pero se dio cuenta de que quedaría peor, así que lo dejó como si no tuviera importancia. Bajé la cabeza para que el ala del sombrero de paja me tapara los ojos. Después de tantos años, tenía el mismo hormigueo en la barriga. Era como si hubiera dejado un capítulo de un libro a la mitad, y mi cerebro me recordara que debía conocer el final.

Me quemaban los hombros y los notaba enrojecidos, a pesar de haberme puesto crema protectora. Fuimos por la pasarela de madera y nos enjuagamos la arena de los pies en los grifos de la salida. Caminamos un par de bloques, con terrazas privadas a pie de calle, hasta la puerta de la urbanización.

—¿Has alquilado el mismo piso?

—No, solo quedaba libre con balcón a la piscina, el segundo del portal tres. —Asintió como si aprobara mi elección. Él se alojaba en el contiguo, como siempre.

—¿Nos damos un bañito antes de comer? —propuso.

La piscina estaba llena de niños. No serían más de diez, pero chillaban como un colegio entero a la hora del patio. Saltamos por la parte más profunda, donde había menos criaturas y más tranquilidad. Cuando salí a la superficie, con la cabeza hacia atrás para apartarme el pelo de la cara, lo tenía apenas a unos centímetros de mí. Nuestras narices casi se rozaban y podía ver sus pestañas salpicadas de pequeñas gotas de agua, que formaban diamantes bajo el sol de mediodía.

—Me quedé con ganas de más. —Confesó con un tono tórrido que me derritió.

—Esto está lleno de niños —me excusé. Él me atrajo hacia sí con una mano por la cintura, sentí que el estómago se me ponía boca abajo y, sin darme cuenta, mis piernas rodearon su cuerpo.

—Soy paciente. He esperado mucho.

Nos reímos, pero no me soltó, ni yo tampoco. Seguimos abrazados, flotando en el agua, piel con piel. Sin cambiar de postura, nos contamos sobre nuestras nuevas vidas, sueños y fracasos. A

ratos, jugaba distraída con el vello de su nuca, y él acercaba su mejilla a la mía y nos quedábamos algunos segundos callados.

No quería que se rompiera el momento, pero cuando me invitó a comer en su casa, lo rechacé. Había conducido muchas horas y necesitaba dormir la siesta. Quedamos en vernos sobre las ocho para dar un paseo e ir a un nuevo restaurante que, según él, era una pasada.

Me levanté nerviosa como una niña la noche de reyes. Me puse máscara de pestañas, pero no necesité colorete porque el sol de la mañana había dejado mis mejillas con un tono sonrosado natural. Escogí un vestido de algodón blanco con un estampado de mariposas azules, que creía que se habían escapado de mi estómago, y me dejé el pelo suelto, sin secarlo, logrando un *look* playero con el que me veía favorecida. Recé para que no se encrespara con la humedad de la noche, de modo que metí en el pequeño bolso unas horquillas, por si acaso. Me habría puesto unas esclavas de cuero, pero pensé que tal vez la ocasión requería algo más formal, así que me puse unas sandalias amarradas al tobillo con un pequeño tacón cuadrado. Me sorprendió el timbre. Creía que nos veríamos abajo, pero al retrasarme unos minutos, me había buscado. ¿Estaría impaciente?

Salí del portal, y me quedé impresionada. Llevaba un polo rosa de tela ligera con unas bermudas azul marino. Se había echado el pelo hacia atrás y el fijador hacía que brillara. Me enseñó sus dientes blancos, de anuncio, al dedicarme una sonrisa. Creo que a él también le gustó lo que vio. Me resultó curioso que después de estar toda la mañana en traje de baño, nos encontráramos atractivos vestidos. Tal vez antes, con menos ropa, apenas nos habíamos atrevido a dedicarnos una mirada concienzuda, mientras que esa tarde, con todas las cartas sobre la mesa —porque aquello era una cita en toda regla—, no teníamos inconveniente en examinarnos y dejarnos analizar por el otro.

Tras los pertinentes halagos, me saludó con un beso en la mejilla, demostrando que cumplía con su palabra de no tener prisa. Caminamos en dirección al puerto, cuyo paseo habían reformado, y me quedé maravillada con el resultado.

—¿Te acuerdas cuando una noche nos escondimos entre las redes para que los padres de Ainhoa e Iker no nos encontraran y así, quedarnos hasta más tarde?

—¡Sí! A Ainhoa se le escapaba la risa, y entre los dos le tapábamos la boca.

Aquella fue una de tantas noches en las que la madrugada nos encontró comiendo pipas y diciendo tonterías en un banco frente al mar. Aquel era nuestro lugar favorito.

—Luego Bruno y tú os sentasteis en el bordillo y os pasasteis la noche cuchicheando.

—Mi confesor. —Soltó una mueca nostálgica al pensar en su amigo—. Se le daba bien escuchar.

Até cabos. Joel le debió de contar a Bruno que cuando intentó besarme, yo me había apartado. Después le diría que Paula le perseguía y que no sabía qué hacer. El otro, un chico pragmático, le diría que me olvidara y fuera a por ella.

—¿Y no sabes nada de él? ¡Qué pena! Erais uña y carne.

—Lo he pensado muchas veces. Hoy en día, con los móviles y las tecnologías sería muy diferente, pero en aquella época… No sé, vivíamos el momento con los que había y quien no estaba, dejaba de existir.

—Así que dejé de existir para ti.

Joel, en lugar de responderme, me apartó un mechón de la frente y me agarró por la cintura para continuar el paseo. Su mano firme me generó tranquilidad, como si aquella fuera una tarde normal de un día cualquiera.

La luz crepuscular lo teñía todo de naranja y el salitre me inundaba los pulmones.

Llegado un punto, salimos del puerto y nos adentramos pueblo arriba, por una costera. No había estado antes por aquella zona, o no la recordaba, pero parecía que se había quedado congelada en el tiempo, salpicada de pequeñas casas de pescadores con tejados inclinados y maceteros en las ventanas. En lo alto, una puerta amarilla destacaba del resto. No había otro signo diferenciador —ni un cartel, ni un menú de pizarra—, que indicara que aquello fuera un restaurante.

Joel tocó el timbre. Un camarero nos recibió, comprobó la reserva y nos acompañó escaleras arriba —unos peldaños de yeso con los frentes decorados por azulejos—. Por el camino pude ver que las dos diminutas plantas inferiores estaban a rebosar de gente. Aquello parecía una antigua casa, reconvertida para el negocio, pero manteniendo el encanto. Las paredes estaban decoradas con anclas, ánforas y otros elementos marinos. Por otra puerta azulada accedimos a la terraza, iluminada por guirnaldas de bombillas cálidas y con las paredes cubiertas en gran parte por plantas colgantes. En el centro había una mesa redonda con solo dos sillas, con una vela con olor a vainilla. Un banco corrido, construido en el propio en el muro de la terraza, daba al mar oscuro y tranquilo.

—¡Es precioso! —exclamé.

El señor nos sirvió vino blanco y depositó la botella en una cubitera con hielo. Nos miramos a los ojos, sin prisas, chocamos nuestras copas y bebimos sin decir nada, con la mirada aún clavada en el otro.

—Me parece increíble estar aquí contigo —confesó Joel.

—¡A saber a cuántas chicas has traído!

Quise quitarle intensidad al momento, aún teníamos toda la cena por delante, y no sabía si sería capaz de aguantar tanto tiempo bajo esa presión. Él pareció incómodo.

—No eres la única, es verdad; pero eres la primera con la que estoy nervioso.

—¿Te intimido? —Me arrepentí, porque me llevaba al mismo punto de tensión que había intentado evitar hacía un instante. Sin embargo, me resultaba imposible no hacer la pregunta, quedarme sin la respuesta o esconder una sonrisa, entre juguetona y soberbia, que desconocía de dónde había salido.

—Te sorprenderá pero... —dejó la frase colgada del aire.

—¿Qué?

—Alguna vez he imaginado que nos reencontrábamos. Te parecerá una tontería, después de tanto tiempo…

—Es como si se hubiera quedado algo inacabado, interrumpido.

—Ni siquiera le dimos ocasión de empezar —corrigió.

El camarero apareció con los entrantes, lo que ayudó a relajar el momento. Los dejamos en el centro y ambos probamos los diferentes platos. El olor marino, mezclado con la cera de la vela, se hizo más intenso.

—Nunca me preguntaste por qué lo hice.

—Asumí que no te gustaba —respondió con tranquilidad. No había resquemor en sus palabras, solo convencimiento—. Espero que eso haya cambiado.

—Me gustaste desde que te vi. Antes siquiera de cruzar dos palabras.

Joel dejó los cubiertos sobre el plato, se limpió con la servilleta y apoyó los codos sobre la mesa. Me observó como si tratara de descubrir algún enigma.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Paula…

—Aún no estábamos juntos —interrumpió.

—Lo sé, pero ella se aseguró de informarnos a todas de que iba a por ti, y sentí que la

traicionaba al besarte.

—¡Siempre tan manipuladora! —Joel tiró la servilleta con desprecio sobre la mesa. Tragó saliva fuerte y apoyó una mano en su hombro contrario. Tenía el ceño apretado y, aunque no me gustaba verlo disgustado, estaba guapísimo—. Es típico de ella condicionar a las personas, cargarlas con sus expectativas para que sean lo único que importa, y salirse con la suya.

—¿Terminasteis mal?

Resopló y tornó la cabeza en mi dirección, como si por un momento hubiera olvidado que yo también estaba allí.

—Se llevó los mejores años de mi vida, sin darme nada a cambio. Y yo fui un idiota por seguirle el juego. Al final del primer verano, me propuso mantener nuestra relación a distancia. Creí que sería descortés desaparecer después de estar todo el verano con ella, así que accedí. Le escribía cartas, le llamaba desde una cabina cuando se acercaban las vacaciones para saber cuándo podría verla y, cuando llegaba el siguiente agosto, volvíamos a enrollarnos. Nunca estuve disponible para otras chicas, los fines de semana salía con los ojos agachados para guardarle la cara a Paula. No es que quisiera liarme con nadie, pero en esos años uno es un hervidero de fogosidad y ni siquiera tenía a mi novia cerca. Con diecinueve años, al hablar con Bruno, me di cuenta de que estaba echando mi vida a perder por alguien que en realidad ni siquiera me importaba.

—¿Os escribíais cartas de amor? ¡A mí me parece bonito!

—¡No dirías eso si las hubieras visto! Eran monólogos: yo le hablaba de los entrenamientos con el equipo de fútbol y ella me hablaba de las películas de Leonardo Di Caprio, de las fiestas con sus amigas… Nunca nos interesaba lo que contaba el otro, no había conversación.

Me las apañé para redirigir la charla hacia otro camino, ya que todo lo que tenía que ver con Paula, quedaba aclarado. Durante un rato me contó batallitas de sus partidos y de los sitios a los que había ido a jugar cuando entrenaba con el club. Al ser de la misma ciudad, resultó que tenía amigos en alguno de sus equipos rivales.

—¿Y en qué parte de Barcelona vives ahora? —pregunté.

—En Badalona. ¿Y tú?

—Me mudé a Tarragona, pero echo de menos la ciudad.

—No está tan lejos. Podemos vernos —insinuó él.

Le brillaban sus ojos oscuros, a juego con el cielo pintado de destellos blancos, y pensé que las mariposas de mi vestido iban a echar a volar.

—No corras. Aún tenemos todo agosto por delante.

Dudé si contarle que en septiembre me marchaba a otro país. Había conseguido un puesto como ingeniera en el que me pagaban el doble que en mi trabajo actual, y por supuesto, había aceptado. Más adelante quizá… No quería estropear la noche.

Pedimos un *coulant* de chocolate para ambos, apuramos el vino que quedaba y nos acercamos al muro de la terraza. Se veía el pueblo a nuestros pies, con luces diseminadas en la cuesta que habíamos subido para llegar hasta allí y más pequeñas en la zona del puerto. Jugamos a adivinar cuál sería nuestra urbanización, y para indicarme el lugar, Joel se colocó tras de mí y extendió el brazo para que siguiera su índice. Se me erizó el vello de la espalda. Me quedé inmóvil unos segundos, notando su camisa en mi espalda, el aire que exhalaba mientras me explicaba en la mejilla, hasta que dejó de señalar y hablar. Puso su mano algo más arriba de mi codo y asomó su rostro sobre mi hombro, con un gesto casi imperceptible. Me giré a cámara lenta, apenas lo justo para que la comisura de nuestros labios se rozaran. Sentí el calor de su boca

cerrada, apreté mis labios contra los suyos y, mientras él los entreabrió para darme paso, me giré para colgar mis brazos de su cuello. Acaricié su nuca, él paseó un dedo por la parte de mi espalda que el vestido dejaba al descubierto, y viajé al pasado, a un momento que nunca sucedió y podría haber sido divino.

Nos separamos unos centímetros, él con sus manos en mi cara, sus ojos en los míos, y su aliento en mi nariz. Sonreímos y acordamos regresar. Deshicimos el camino regalándonos cada pocos pasos caricias y besos que habían aguardado en el fondo de nuestros corazones durante años.

No hubo que hacer preguntas cuando llegamos a la urbanización. Joel subió tras de mí, ya no éramos niños y no íbamos a conformarnos con una despedida a medianoche en el portal.

Jugamos hasta el amanecer. Nos besamos, nos acariciamos, nos abrazamos, nos apretamos y nos entregamos el uno al otro sin reservas, generosos de amor, ansiosos de amar. Suspiramos, gemimos y aullamos de placer, recorriendo nuestros cuerpos, sin olvidarnos de ningún rincón, como si no quisiéramos dejar nada pendiente.

*

Pasamos tres días entre las sábanas, combinadas con la arena de la playa, el agua de la piscina y los desayunos en la terraza. No solo fue sexo, también hablamos y reímos. Teníamos una visión similar de la vida, de lo que nos gustaba hacer, de las cosas que nos hacían disfrutar, lo que valorábamos… Y pensé que había llegado el momento de decírselo: me iba a Dusseldorf a continuar mi carrera.

Le cayó como un jarro de agua fría.

En varias ocasiones, me había sugerido planes para hacer en Barcelona, y yo había salido del atolladero como había podido: «Sería interesante», «Más adelante podemos verlo», «Ya veremos». Su última propuesta se debía a que un amigo suyo que trabajaba en el teatro Coliseum nos podía conseguir entradas. Al responderle con una evasiva, noté que se apagaba. Supuso que él estaba más implicado en los planes de futuro que yo, y no tuve más remedio que hablarle sobre mi próximo destino. Aun así, continuamos compartiendo nuestros días, pero a partir de ese momento, Joel no me planteó tantas actividades —como si hubiera aceptado que lo nuestro tenía fecha de caducidad— y, en cambio, se interesó más por la logística de mi mudanza: cuándo, dónde, cómo.

Fue un verano maravilloso. Inolvidable. Tanto, que la última semana me descubrí varias veces llorando —en la ducha o en los pocos momentos que estaba a solas— porque no quería separarme de él. ¿Debía dejar de lado esa oportunidad laboral? Como mujer independiente, mis padres se habían esforzado en inculcarme que no debía renunciar a nada por amor. Sin embargo, sentía que si aquello terminaba, me desquebrajaba por dentro. La noche en que nos despedimos me cayeron las lágrimas, él me abrazó con ternura y me prometió que todo saldría bien. Nos dimos un beso, salado como el mar por mi llanto, que deseé que no se acabara nunca.

—Tal vez podríamos hablar por videollamada y podría volar a Barcelona una vez al mes.

—No tengo buena experiencia con las relaciones a distancia. —Su referencia a Paula fue lo último que dijo antes de irme a dormir sola por primera vez en todo el mes.

Siempre igual, me había pasado toda la vida. Cuando por fin conseguía algo bueno, pasaba algo que lo estropeaba todo. Había tenido que elegir en muchas ocasiones: ¿amigos o estudios?; ¿novios o trabajos?; ¿flexibilidad o estabilidad? *A posteriori*, me quedaba con la sensación de que nunca tomaba la opción correcta. ¿Qué era más difícil encontrar una buena oferta laboral o la

persona con la que sientes que encajas y con quien quieres despertar cada día? ¿Era Joel el hombre de mi vida? Tal vez me condicionaba estar inmersa en la relación, y los comienzos siempre son bonitos, pero sentía una intensidad hacia él que no había experimentado antes.

A las cinco de la mañana bajé al garaje para sacar el coche. Encendí la luz del sótano y me sorprendió tanto descubrir una figura, que grité.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté. El corazón me latía como si una manada de elefantes me estuvieran pisoteando el pecho.

—No voy a esperar hasta el próximo agosto. ¿Y si desapareces otra vez? Demasiado arriesgado, y ya te he dicho que no guardo buen recuerdo de las relaciones a distancia. —Me fijé en que llevaba una mochila de montañero a su espalda y una pequeña bolsa en la mano. La dejó en el suelo y se acercó con cautela hacia mí—. Seré tu relevo al volante la mitad del camino y así, no llegarás tan cansada. He comprobado la web de la compañía y quedaban asientos disponibles. Solo falta convencer a los asistentes de vuelo para que me dejen a tu lado. Claro, todo esto, si no te importa compartir conmigo tu habitación en Düsseldorf.

Me volví loca de alegría. No pensé que fuera capaz de aquello, que tuviera tan clara nuestra relación en tan poco tiempo como yo la tenía. Por supuesto que deseaba que viniera conmigo. No se lo había propuesto porque me parecía egoísta hacerle dejar atrás sus cosas, pero si a él no le importaba, ¿cómo iba a negarme? Le abracé, le apreté tanto que incluso protestó. Le besé doscientas veces antes de subir al coche y durante las horas de viaje, no fui capaz de borrar la enorme sonrisa que resplandecía en mi cara. Nunca pensé que esas vacaciones para reconectar con el pasado en un ataque de nostalgia, en realidad, me catapultarían hacia el futuro.

QUERIDO/A LECTOR/A:

Gracias por llegar hasta aquí, porque no hay mayor placer para mí que ser leída. Espero que la experiencia haya resultado agradable y que volvamos a encontrarnos en el futuro. Ahora, me gustaría abusar un poco más de tu tiempo. Aquí tienes el resto de relatos de la serie.

Soy una autora autopublicada, lo que significa que no tengo una gran editorial para publicitar mi obra. Por ello, dependo de mi poco tiempo libre y tu buena voluntad. ¿Me ayudas? Hay varias cosas que puedes hacer que a ti no te cuestan nada y para mí son un mundo:

- Recomiéndame a tus amigos.
- Deja tu reseña del libro en Goodreads, en Amazon y en tu blog, si tienes uno.

- Comparte fotos del libro en redes sociales y etiquétame.

Todo esto me da visibilidad para llegar a más lectores. También puedes seguirme en mis redes sociales @mavipastor y suscribirte a mi *newsletter* en https://www.mavipastor.com/suscriptores/. Serás el/la primero/a en conocer cómo avanza mi proceso de escritura, tendrás enlaces directos a mis artículos y recursos en exclusiva.

De nuevo, gracias por leerme.